

# **BRINDIS, BROMAS Y BRAMIDOS**

## Palabras Iniciales

Los textos de este libro han sido agrupados en capítulos por simple orden alfabético y responden a criterios de diversa índole. “Cubículos” señalan cierta mentalidad imperante en nuestra sociedad; “Diciembrinos” aluden a la influencia astrológica en la psicología del individuo; “Epiteliales” destacan el impulso dominante en algunas reacciones cotidianas; “Estentóreos” representan una postura de oposición a determinadas normas de convivencia; “Frigoríficos” resaltan la ambivalencia de la sensibilidad común; “Metabólicos” enfatizan las consecuencias producidas por la incontinencia involuntaria o deliberada; “Oníricos” describen el rol del subconsciente ante estímulos reales o imaginarios.

La mayoría de estos textos, que incluyen varios micro-relatos escritos a mediados de la década de los '80, sin duda pueden haber sido mejor logrados. Mi experiencia, sin embargo –la de un zángano confeso-, indica que declaro terminado un libro no cuando éste ha agotado sus posibilidades de alcanzar un nivel de mayor calidad sino en el momento que dejo de estar dispuesto a seguir torturándome con él, escribiéndolo.

# **CUBÍCULOS**

## **El bigardo**

En la discoteca. Al principio titubeó mucho, estaba muy nervioso, inseguro más bien, casi no hablaba, no encontraba tema de conversación, dos tragos, una sonrisa, alguna palabra, basta, otro trago, más trago, más trago carajo, ja, ja, oye, te iba a decir algo, ¿sí?, salud...luego vino su bailecito, aparradito, mañosito, y ya vengo, voy al baño, su par de tiritos, y listo. Antes de eso, él no hubiera imaginado nunca que en algún momento de la noche hubiese podido estar sopesando las ubres de Diácona y diciéndole audazmente al oído: “siempre soñé con poner mis manos aquí”; tampoco sospechó que más tarde, casi montado sobre ella, le susurraría otra vez al oído: “yo necesito una cama para conversar contigo”. No olvidaré jamás aquella noche, cuando celebramos la ordenación de mi primo Tácito como sacerdote.

## **El concurso**

El animador del concurso de preguntas y respuestas, que organiza para los escolares un canal de televisión, elige de entre el público a dos alumnas gordas y feas, que no pueden disimular su intención de no serlo.

El animador explica que el concurso consiste en identificar el personaje que dijo la frase célebre que él pronunciará cada vez. Y lanza la primera pregunta:

—¿Quién dijo “Yo sólo sé que nada sé”?... —Luego agrega: —¡La frase y el personaje son conocidísimos!

Las alumnas dudan, se miran entre sí, y miran al público pidiendo ayuda. Después de una larga indecisión, una de ellas contesta alborozada:

—¡Napoleón!

El público delira, desternillándose de risa.

Pero el animador continúa y plantea la siguiente pregunta:

—¡Ésta es facilísima! —advierte—. ¿Quién dijo “El varón noble y animoso es conocido por la paciencia que muestra en las adversidades”?

Sobreviene entonces, de parte de las concursantes, una nueva, larga y pesada duda.

El animador interviene.

—Las voy a ayudar —dice, levantando el dedo índice—: Esta frase la dijo un Inca.

Entonces la divina providencia ilumina la mente de la otra alumna, quien grita triunfante (con saltito incluido):

—¡Washington!

Terremoto en el estudio de televisión.

## **Poder**

—Tenemos que inscribirlo como sea —insiste Nelson.

Le explico las dificultades del caso. El documento no reúne un solo requisito legal. Los registros públicos dejaron de ser hace tiempo lo que fueron en otras épocas. Verdaderas ollas de grillos, festines de coimas para incompetentes. El mundo fácil se acabó con las reformas del nuevo gobierno. Todo es ahora más serio, irracionalmente formal. Los funcionarios y empleados están sometidos a una serie de controles y trabajan bajo mayor vigilancia. Su ética personal y profesional, además, ha sido transformada desde las aulas universitarias. Increíble. Y los que mantienen el espíritu torcido, no se atreven a meter la mano por miedo a perder el sustento. No hay forma.

—Habla con tus amigos —prosigue Nelson—. Tal vez puedas convencer a uno de ellos que se haga de la vista gorda.

No existen tales amigos. Aquellos que lo eran, fueron oportunamente despedidos. Y tampoco eran amigos; sólo recursos disponibles.

—¿No conoces a alguien que pueda echarnos una mano? —inquire Nelson.

Los notarios, por supuesto. Sin duda ellos tienen más influencia que yo. Ellos sí que tienen amigos entre los nuevos registradores, los de la nueva clase con filosofía último modelo.

—El documento no ayuda —dice uno de ellos.

—¿Tienes certificado de vigencia? —pregunta otro.

—¿Puedes conseguirlo? —indaga un tercero.

No lo creo. El poder está extendido en Bahamas. Habría que ir hasta allá para obtenerlo.

—¿Algún contacto? —es la curiosidad de otro notario.

Ninguno que yo conozca. O, mejor dicho, ninguno del que podamos valernos. Nadie quiere molestar a alguien. Pero todos reclaman el resultado. Y rápido. Porque es urgente. El directorio del banco lo exige.

—Tenemos que inscribir el poder como sea, Fernando —repite Nelson.

Qué puedo hacer.

—Confiamos en ti, Fernando —muy cariñoso Nelson—. El asunto está en tus manos.

Mis visitas a los notarios no terminan. Busco por dónde entrarle a la pelota. Veo el arco muy lejos. El balón se desinfla. La única solución es rogar. O hacer trampa.

—Lo siento —dice el consultor del registro público—. Un documento como éste será inevitablemente observado por el registrador.

—¿Y si traigo una declaración del directorio del banco?

—No es suficiente. La ley es clara. Se necesita por lo menos un certificado de vigencia o una legalización consular.

Imposible. El poder es lo único que tengo. Irónico asunto. Un poder que no sirve para nada. Un poder inútil, estéril, impotente. Cosas de abogados.

—Ingrésalo de todos modos —dice Nelson—. Vamos a ver qué pasa. De repente cae en manos de un registrador comprensivo.

—Eso es lo que espero. Quizás uno de los notarios amigos del banco lo conozca y eso allane el camino.

El documento es ingresado a los registros públicos para su calificación. Cinco días después el resultado es “OBSERVADO”. La esquila dice que se necesita adjuntar un certificado de vigencia para poder inscribirlo. ¿Quién firma? ¿García Márquez? No, pero igual es la crónica de una muerte anunciada.

—¿Puedes hablar con el registrador? —exhorta Nelson—. ¿Ofrecerle algo?

Nelson se niega a aceptar la realidad. Es obvio que no está dispuesto a ceder a su obsesión ni a perder su puesto de gerente legal del banco. Está decidido a complacer al directorio a como dé lugar. Sin mucha esperanza, pido una cita y me entrevisto con el registrador. La expresión en su rostro explica con claridad que estamos ante un caso de metástasis legal.

—Sin el certificado de vigencia, no puedo registrar el poder.

—Pero, doctor, es un poder bancario.

—Es un poder como cualquier otro.

—El banco puede recompensar su apoyo.

—¿Qué quiere decir?

—El banco necesita su ayuda.

—Exigiendo los requisitos legales, estoy ayudando al banco. Le estoy evitando muchos problemas en el futuro.

—El banco tiene urgencia de inscribir ese poder, doctor.

—Todos los bancos tienen la misma urgencia. Por eso mismo traen los anexos necesarios. Así inscriben sus poderes en 2 días. Ya sabe que la ley concede cierta preferencia a las instituciones del sistema financiero, precisamente para fomentar el movimiento de la economía.

—Este banco por ahora no está en condiciones de presentar los otros documentos, doctor.

—En ese caso...

—Doctor...

Mi cara de súplica revela que estoy listo para ofrecerle una considerable suma en retribución por sus servicios.

—Buenos días.

El registrador se levanta, abandona la sala y se pierde tras una puerta de madera con una ventanita en el medio. Desde mi silla sólo alcanzo a ver por el vidrio su cabeza reduciéndose de tamaño hasta desaparecer. Es todo por hoy.

—No tengo buenas noticias —es mi primera frase al entrar a la oficina de Nelson.

—Se nos acaba el tiempo, Fernando.

—Lo único que puedo hacer es pedir su desistimiento y volverlo a presentar. Tal vez llegue a manos de otro registrador.

—¿Y si le llega al mismo?

—Tenemos que arriesgarnos. ¿O podemos conseguir el certificado de vigencia en Bahamas?

—¿No te caería mal un viaje por allá, verdad?

—Gastaríamos un poco más, es cierto, pero nos ahorraríamos un montón de problemas. Vamos sobre seguro y lo inscribimos como por un tubo.

—No estoy autorizado a hacer eso. Necesito ese poder inscrito, ¡ya!

—¿Lo presento de nuevo, entonces?

Nunca voy a entender a ciertos ejecutivos. Muchos se parecen a los choferes de micro cuando se topan con un atolladero en el tráfico. Se desvían de la ruta en su afán de encontrar un atajo y ganar tiempo, pero lo único que consiguen es dar más vueltas y extender el recorrido. No pocas veces se pierden en el camino por hollar terrenos desconocidos. Creen que hacen una gran cosa mientras la verdad es que sólo demuestran

su monumental estupidez. Hacerlo simple no es lo mismo que hacerlo fácil. Lo primero denota inteligencia, aunque toma más tiempo, porque implica completar el proceso correcto. En cambio lo segundo reporta un resultado inmediato pero frágil, inconsistente, precario; señala, sin duda, una gigantesca imbecilidad.

Firmo la solicitud para obtener el desistimiento y éste llega en cuestión de 48 horas. De una ventanilla paso a otra. Sobre la marcha vuelvo a presentar el poder para su estudio. Cuatro días después la esquila de observación es la misma; el nombre del registrador, distinto. Una nueva cita para un mismo diálogo y una misma respuesta. Los registradores de hoy en día no son más los antiguos delincuentes obesos, viejos y pelados de cuellos mugrosos y corbatas grasosas que, de frente, preguntaban:

—¿Cuánto puedes pagar?

Si les parecía poco, hacían una contraoferta y por más que uno regateara terminaba aceptando sus términos. Caso contrario, se iba a su casa sin documentos inscritos y, por lo tanto, sin dinero por cobrar. Antes todo era más fácil. Ahora, con estos registradores jóvenes de cuello duro y buen olor, ninguno de esos tratos de antaño es posible. Todo acuerdo está basado en el respeto a la ley.

—Tenemos que inscribir ese poder como sea.

La orden de Nelson resuena en mis oídos, en mi cerebro, en mi corazón día tras día, noche tras noche. Sólo vivo para eso. De ese resultado, además, depende que el banco me siga dando trabajo. Por ende, de ese poder depende que siga alimentando a mi familia.

—Confiamos en ti, Fernando.

Es un truco infalible. Lo sé. Alimentar mi ego nunca le ha fallado a nadie. Excepto a mí mismo. Estoy en sus manos. El banco es mi principal –y casi exclusivo- cliente, y los

trabajos que me encarga constituyen el 90% de mis ingresos mensuales. No puedo darme el lujo de defraudarlo. Si hago este gol, puedo jugar el resto de la temporada sin ningún apremio económico. Y quizás conseguir nuevos contratos. Entonces reviso mi agenda. Conservo diversos números telefónicos. Por el lado formal las gestiones están agotadas. Necesito conseguir algo un poco más oscuro, sin llegar a ser del todo promiscuo. Encuentro que mi agenda también ha cambiado. En la lista no figuran ya nombres del otrora bajo mundo registral. Lamentablemente sólo sobreviven peleles y don nadies sin mayores influencias, apenas elementos que pueden ser útiles en asuntos menores. Paso página tras página. Muchos nombres y números han sido tachados con lapiceros de diferentes colores. Algunos se mantienen encerrados en círculos, como para resaltar que aún pueden servir en determinada ocasión. Mi letra es irregular, nerviosa, apurada.

—¿Qué será de su vida? -me pregunto.

Varios nombres no me dicen ya nada, sólo conservo un vago recuerdo de las personas que los llevaban. A veces ni me acuerdo en qué me ayudaron, o si de hecho me ayudaron en algo. De improviso, oculto en medio de enérgicos borrones, surge un rasgo inesperado.

—Sipán.

El hombre lleva el mismo nombre que el ilustre guerrero moche. Pero es en verdad su apellido. Por poco se queda enano. Nunca le pregunté cuál fue el motivo de su contrahechez. Era demasiado embarazoso averiguar algo así. Y nunca tuve suficiente confianza como para investigar esa parte de su pasado. Lo conocí cuando era empleado de los registros públicos en las mazmorras del Palacio de Justicia. En aquella época yo era apenas un tramitador novato y él atendía la mesa de partes. Pronto reconocí que era

muy popular entre los empleados de las notarías, más conocidos como presentantes de títulos. Sipán andaba siempre risueño, a pesar de su notoria tullidez y excesiva carga de trabajo. Salía a tomar café con los usuarios, incluyendo abogados de importantes estudios jurídicos. Gozaba de extrema popularidad. Se saludaba y codeaba con la aristocracia del foro limeño. Tenía un brazo más chico que otro (o más largo, dependiendo del ángulo que uno lo mirase), semi-paralizado además, rengueaba al caminar y era casi del tamaño de un niño de 12 años, su cabeza plana como un televisor. Sin embargo iba siempre muy bien vestido y perfumado. Relaciones públicas no le faltaban. Pero, a causa de la reforma legal impuesta por el nuevo gobierno, perdió su puesto –no calificó en el examen para conservarlo- y quedó fuera de los insignes registros públicos. Pero no se desligó. Debido a su experiencia y dotes de comunicador social, consiguió empleo en una notaría. Presentaba títulos, absolvía observaciones y obtenía inscripciones. Muy eficaz. Lleno de contactos por todos lados.

Éste era el hombre que estaba buscando. Lo que me dijo en nuestra primera conversación para explicarle la situación no fue muy diferente a lo expresado por notarios y registradores. Se necesitaba el famoso certificado de vigencia.

—Sipán, no podemos esperar. Además no hay forma de conseguirlo, ya te lo he dicho. El banco quiere el poder inscrito, pero no está dispuesto a mover un dedo para conseguir un documento extra. Esta escritura pública es todo lo que tenemos. Y debemos inscribirla.

—Honestamente no creo que nadie adentro se quiera arriesgar por un caso perdido como éste.

—¿No conoces a nadie en la sección de mandatos con quien puedas hablar y ofrecerle de frente un estímulo?

—Ya no quedan de éstos, tú lo sabes bien.

—Estoy seguro de que tú lo puedes conseguir. Hasta los registradores más jóvenes te conocen. Muchos de ellos son tus amigos, ¿no es cierto?

—Sí, pero no estoy seguro de que quieran hacer algo como esto.

—Sólo inténtalo. Habla con algunos de ellos y ve qué puedes lograr.

Sipán se quedó con la hoja de presentación. Quedamos en reunirnos de nuevo en un par de días.

—¿Alguna novedad?

—Conozco al registrador. Me dijo que es la segunda vez que presentan ese poder.

—Es cierto. ¿Y qué dice? ¿Lo va a inscribir?

—Sí.

—¿Cuánto quiere?

—Dos mil dólares.

—¿Para cuándo lo tiene inscrito?

—Al día siguiente que le paguemos.

—¿Estás seguro?

—Seguro.

—¿Y tú cuánto me vas a cobrar?

—Después arreglamos eso. Cuando tenga el poder inscrito te digo.

—No me vayas a cobrar muy caro. Mira lo que le vamos a pagar al registrador.

—Tranquilo.

—Entonces, ¿te quedas con la hoja de presentación?

—Te la devuelvo con el poder inscrito.

Nelson no podía creerlo. No era poca plata, pero en todo caso valía la pena entregar una suma como ésa para anotarse tremendo punto con la directiva del banco. Especialmente en estas circunstancias, que la junta de accionistas en reunión extraordinaria decidió recientemente cambiar la razón social de “Banco de los Pobres” a “Banco Señor de los Milagros” con la esperanza de que el Cristo Morado los salvara de la ruina en una época tan incierta para la economía del país. Firmó un vale inventando un concepto cualquiera y ordenó que me desembolsaran el dinero. Esa misma tarde me reuní otra vez con Sipán. En dos días a lo sumo el poder debía estar inscrito. La verificación que hice por internet decía lo contrario. Había salido una nueva observación. “SE HA DETECTADO EL INGRESO DE UN DOCUMENTO FRAUDULENTO”.

¿Fraudulento? ¿Qué cosa? ¿Cómo? ¡Sipán! El celular se viene abajo y Sipán no aparece ni por casualidad. Necesito una explicación antes de ir donde Nelson con la noticia. No estás en aguas mansas, Fernando. Éste no es un lugar seguro, mi querido amigo. Busco a Sipán en el mismo escenario de los hechos. Nadie lo ha visto. Totalmente desconocido su paradero. Sigue sin contestar el celular. Empieza una obra de misterio, una intriga que me mantiene atado a la silla. ¿Qué has hecho, Sipán? Sospecho lo peor. Y lo peor es que acierto.

—Pensé que no se iban a dar cuenta —es la estúpida justificación del descendiente del rey moche.

Nelson es tajante.

—Tienes que recuperar el dinero.

Sipán vuelve a desaparecer. Leo mejor, con más calma, la nueva esquila de observación.

“EL CERTIFICADO DE VIGENCIA ADJUNTO EXHIBE CLAROS SIGNOS DE

FALSIFICACIÓN. EL PROCESO DE CALIFICACIÓN DEL PRESENTE TÍTULO QUEDA SUSPENDIDO HASTA QUE LA OFICINA DE INSPECTORÍA RESUELVA LA INVESTIGACIÓN”. Nelson suelta la pelota y me la tira con todo.

—Tú nos metiste en esto. Tú nos tienes que sacar ahora.

Me conmueve la fidelidad de los amigos. Especialmente cuando son abogados. ¿No fue él quien estuvo insistiendo todo el tiempo con que se inscribiera el poder a como diera lugar? No hay justificación que valga. No escondo mi responsabilidad de contactar a la persona equivocada. De hecho mi error fue de origen. Nunca debí aceptar un encargo de esa naturaleza. Fue muy estúpido de mi parte. ¿Cuándo voy a aprender que soy una estrella sólo si logro los resultados que ellos esperan? Caso contrario, personifico el fracaso total. Si acepto mi parte de culpa, al menos confío que Nelson haga lo mismo. Pero esta reacción suya me demostró exactamente el tipo de persona que es.

—Maricón.

Muy estudioso, dedicado a su trabajo, casado con una linda mujer y padre de una preciosa niña, profesor en 2 universidades, miembro del directorio de otras empresas, master en esto, diplomado en lo otro, especializado en aquello, con estudios de post-grado aquí, premios y reconocimientos allá, un lujoso auto, un bello departamento y muchos viajes al Caribe, pero a la hora de la verdad, cuando las papas queman, queda todo sintetizado en una palabra:

—Maricón.

La pelota está en mi cancha. Una solución acorde con la situación es amenazar. Sipán, en un momento de descuido y aparición inevitable por los salones de los registros públicos, es puesto contra las cuerdas.

—Necesito que me consigas el dinero de vuelta. Si no, el banco te va a tirar toda la mierda encima.

Sipán no tiene ninguna posibilidad de saber que todo es mentira. Pero por la forma como hablo se lo traga íntegro. Refuerzo la idea para asegurarme de que empiece a orinarse los pantalones

—Ya sabes la cantidad de abogados penalistas que asesoran al banco y el poder que éste tiene. No creo que puedas esconderte mucho tiempo antes de que la policía te encuentre. Te conviene más que me devuelvas el dinero.

Sipán comete errores idiotas, nadie lo puede negar después de esto, pero no es idiota por naturaleza. En una semana, a través de una entrega en cuatro armadas, me trae de regreso los dos mil dólares completitos. Lo cual resuelve el problema del dinero. Pero mantiene el poder sin inscribir.

Nelson me encaja el fiasco. Por un lado se siente aliviado de que haya podido recuperar el billete. Pero por otro se muestra decepcionado de que yo no haya logrado el objetivo. Ni me habla. Me mira enojado. Empieza a buscar otra manera de obtener lo que necesita. Consigue otra persona. Yo me voy. No aguanto trabajar con gente así. Esta experiencia es la gota que rebalsa el vaso. Es un asco. Pura apariencia. Todo falso. Renuncio. Vendo mi departamento y vivo un tiempo con el producto de la venta. El asunto parece olvidado. No me interesa saber si lo terminaron o no. Si consiguieron inscribir el poder. Y qué métodos utilizaron. Estoy fuera.

Tiempo después me llega una citación del poder judicial. Estoy involucrado en un delito contra la fe pública. Falsificación de documentos, para ser más exactos. Mi nombre

aparece en el encabezado de la hoja de presentación del título. No hay forma de negarlo.

La misma citación llega al representante legal del banco.

—Tienes que ayudarnos —dice Nelson—. El banco no puede verse envuelto en un asunto de este tipo. Si la superintendencia se entera, se crea un escándalo de la puta madre y todos tendremos que irnos a nuestra casa. Quizás alguien pueda terminar preso.

—Qué quieres que haga.

—Sólo no digas que el banco intentó inscribir el poder por otros medios que no fueran los legales.

—Qué digo entonces.

—Que alguien intervino sin tu consentimiento y te timó.

—No tiene sentido decir algo como eso.

—No te preocupes. Te pondremos un abogado que enredará las cosas de tal modo hasta lograr que remitan el expediente al archivo.

—Como tú digas.

Nelson, a quien conozco desde que era un practicante del departamento legal y me caía tan simpático por ser educado y atento, se había convertido ahora en una apestosa rata más del desagüe. Ya no me importa lo que diga o lo que haga. Es un farsante. Maricón, es la palabra correcta. Sólo quiero salir y olvidarme de esto para siempre.

—Es mi oportunidad —me digo.

Es mi única y maravillosa oportunidad para hacer algo bueno en favor de la honestidad y la lealtad. Cuando el juez me llama a declaración dejo que la voz de mi conciencia hable sin restricciones:

—Fue él quien me dio la orden de inscribir ese poder a como diera lugar. Sin importar los medios y lo que costara. Yo cometí el error de contactar a una persona de dudosa reputación, es verdad. Pero no le di ninguna indicación de falsificar documento alguno. Acepto y asumo mi parte de responsabilidad en el asunto. Pero no soy el único que la tiene.

El juez pidió nombres y se los di. Buscaron a Sipán y lo detuvieron. Buscaron a Nelson y no lo encontraron. Lo siguieron y persiguieron. Me amenazó un par de veces por teléfono y correo electrónico. Le dije que actuara como hombre. Me mandó a la mierda. Prometió acorralarme y meterme preso valiéndose de sus influencias. Las autoridades tardaron un poco en dar con él, pero finalmente lo encontraron. Estaba rindiendo su informe mensual al directorio cuando los oficiales encubiertos interrumpieron la sesión. La desvergüenza fue inevitable. La foto de un compungido Nelson salió en los periódicos, su voz hipócrita exponiendo plausibles pero falsos argumentos se escuchó en la radio y su imagen con las manos esposadas atrás de la espalda circuló en la televisión a nivel nacional. El banco fue clausurado por orden de la superintendencia. Todos nos quedamos sin trabajo. Sipán pasó también una temporada a la sombra. Yo tuve que pagar una buena multa. Pero me queda la satisfacción de haber dado lo que se merecía a un auténtico maricón.

## **El alcohol despeja la mente**

No volví triunfante ni resuelto, más bien amargo y nublado por las dudas.

—No hay excusa que valga —dijo mi padre—. Es sólo desidia.

Estaba en lo correcto. El mío ha sido siempre un patético caso de buscarle la razón a la sinrazón por la sencilla razón de que he perdido la razón. Pero ¿qué utilidad práctica podía sacarle a la experiencia? Ignorarla por completo, según mi punto de vista, sería lo más justo y apropiado. Desde que se inventaron los títulos profesionales existen más motivos para que los hombres se sientan frustrados.

—Estoy harto de que me pongan etiquetas —refuté.

En verdad lo estaba. Nunca he sabido cómo tratar a las personas que lo hacen. Quizás la solución sea dispararles un tiro.

—Eres un tramitador de lujo —insistió mi padre—. Pero tramitador, al fin y al cabo —aclaró.

Después de ese comentario, no supe si creerle o aumentar mi desconfianza hacia él. A fin de vencer el efecto paralizador del miedo —casa matriz de mis defectos más autodestructivos—, decidí ponerme en acción. Atacado el síntoma, las implacables preguntas cesaron y empezaron a llegar las respuestas.

Una serena noche de primavera soñé conmigo mismo ejerciendo la profesión. “¿Por qué no?”, me dije. Comencé entonces usando un sobre de papel Manila. Pasé luego a llevar una carterita de nylon. De allí vino la bolsa de cuero. Más tarde apareció el maletín semi-deportivo. Y finalmente se estableció el portafolio formal. El cambio de la imagen exterior obedeció en todo momento a las modificaciones que ocurrieron en mi interior.

En el proceso descubrí que trabajar con plazos y metas hace las cosas más sencillas, aunque no necesariamente menos duras. El primer paso consistió en desempolvar mis antiguos documentos oficiales (fichas de matrícula, boletas de notas, certificados de estudios). Recordé lo incómodo que me había sentido en la ceremonia de despedida, tan ajeno en la clase del recuerdo y extraño en la posterior develación de la placa de bronce con mi nombre grabado junto al de otros 50 ó 60 condiscípulos. Haber obtenido el grado de bachiller y recogido el diploma que lo representaba, salvando las distancias, fue para mí como recibir una medalla al mérito o un reconocimiento de valor.

Acto seguido me inscribí en un curso de actualización jurídica. Una de mis profesoras resultó ser una ex compañera de promoción en el colegio. Sobria, inteligente, elegante, como siempre. Se desenvolvía con solvencia. Dominaba su materia. Nunca hubo entre nosotros una referencia al pasado. “¿Cómo estás? ¡Qué sorpresa encontrarte aquí! ¡Gusto de verte después de tanto tiempo! ¿Qué ha sido de tu vida?”, fue un diálogo que jamás efectuamos. Sólo intercambiamos silenciosas miradas de identificación mutua.

Con mi vecina de carpeta sucedió lo opuesto. Nunca supe lo que ella quería. Desde el primer día se mostró tan simpática, amable y disponible que me sentí confundido. No estaba seguro de qué era en realidad lo que me atraía de ella. La generosidad de su busto soslayaba ampliamente la fealdad de sus pies.

El profesor de derecho comercial era experto en su especialidad y autor de varios libros sobre la materia. De porte atlético, su impecable atuendo -acorde con las reglas de la civilización- no lograba ocultar sus innegables rasgos ashaninkas. Ampuloso al hablar, hacía gala de una extremada sorna. Yo lideraba el grupo de estudiantes que le temía. Una noche llegó conmovido a la clase. Estaba abordando un tópico relacionado al cheque y

sus características. Durante una pausa a su explicación comentó que su fidelidad al espíritu de las normas legales podía competir, superar incluso, al que le honraba a su esposa. Luego relató un episodio con su secretaria. Todo el mundo estaba consternado, esperando una insospechada confesión íntima. Pero un desencanto colectivo sobrevino cuando extrajo del bolsillo interior de su saco una chequera y un lapicero Parker de color dorado. Los ojos se le llenaron de lágrimas al hacer el ademán de firmar el título-valor.

—No saben ustedes, queridos amigos, la emoción que me embarga cada vez que ejecuto un acto jurídico de esta envergadura.

Nadie quería ser pescado con los pantalones abajo, por lo que el aula entera reprimió una carcajada explosiva. Un compañero osó levantar la mano para formular una pregunta. La respuesta que obtuvo lo ridiculizó a tal extremo que fue necesario sacarlo en hombros, pero no como a quien se rinde una ovación eufórica sino como al pobre finado que se carga dentro de un apolillado ataúd de madera.

Finalizado el curso, me dirigí al Palacio de Justicia para averiguar sobre la famosa práctica forense. Me sentí perdido en medio de los exasperantes pasillos, tragado por la enormidad del añoso edificio. Me quedé dormido en una banca de mármol, esperando que me atendieran. Convencido terminé una vez más de que el estado permanente del hombre debe ser la embriaguez. La supuesta lucidez responsable es la que crea las tensiones, las distancias, y engendra la dudosa brillantez en los juicios y el comportamiento humano.

—Si no estamos preparados para defender una causa —proclamó el expositor de deontología forense—, no debemos aceptarla.

Su concepto de lealtad ratificó mi ancestral creencia: prefiero morir de cáncer a los huesos antes que verme involucrado en asuntos con el Poder Judicial.

Desarrollar una tesina demandaba un esfuerzo menor y menos serio que el de una tesis tradicional. Por lo tanto se podían perdonar algunas imperfecciones. Me sentía más seguro en un terreno de esa naturaleza. Tras una pesquisa por los archivos de la facultad en busca de algo original, resolví que mi estudio versaría sobre la legislación de tratamientos a drogodependientes. Mi profesor consejero confirmó que era un tema poco explorado en materia jurídica, así que dio su aprobación y me deseó éxito. Después de 4 meses recopilando información en centros especializados el resultado fue una monografía de 80 páginas.

—¿Es todo? —preguntó, incrédulo, el presidente del jurado—. ¿Tan escueta la sustentación de su tesina?

—Con todo respeto, señor presidente, que yo sepa la locuacidad no ha sido nunca signo de sabiduría.

Para brillar haciendo ciertas cosas necesito soledad absoluta, pero para otras tener tribuna es lo que me motiva y provee aplomo.

—Muy bien, señor graduando —empezó su interpelación el doctor Chacaltana, famoso por su acidez en los exámenes de grado—, usted nos ha hablado, entre otras instituciones, de las comunidades terapéuticas y especialmente ha hecho énfasis en los grupos de 12 pasos.

—Así es, señor.

—De acuerdo a su opinión, quizás a su propia experiencia...

Un murmullo sordo, combinado con risas reprimidas, provino del auditorio. En él se encontraban, sentadas en primera fila, mi madre, mi esposa y mi amante; las tres mujeres más importantes en mi vida.

—...díganos, ¿cuál de esos métodos cree usted que es el más efectivo?

—Los grupos de 12 pasos, sin duda, señor.

—¿En qué se basa para sostener tal afirmación?

—Su sistema de recuperación se apoya en la libertad individual, lo cual permite y promueve que la persona desde el principio asuma su propia responsabilidad en la búsqueda de una solución a su problema, evitando deliberadamente el uso de la coacción.

—¿Usted cree que la ley no favorece lo suficiente a este tipo de agrupaciones?

—En absoluto, señor. Pero ellos tampoco lo piden ni lo desean, precisamente porque prefieren desenvolverse en un ambiente de autonomía.

—Entonces, ¿qué es lo que propone usted en su tesina? Porque, de lo contrario, todo este discurso no tendría sentido.

—Mi propuesta consiste simplemente en que la legislación facilite los esfuerzos de estos grupos, articulando sus acciones con el de otros organismos como el Poder Judicial, el Ministerio de Salud, el Ministerio de Educación y la Policía Nacional. De ese modo, la sociedad en su conjunto puede empezar a cambiar su enfoque sobre el tema, romper sus prejuicios y dejar de creer que ser adicto es sinónimo de delincuente.

—¿No estima algo ingenua su propuesta?

—De ninguna manera, señor. Los adictos en recuperación son personas extraordinarias, llenas de talento, capaces de logros sorprendentes, precisamente porque aprenden a

apreciar el valor de la vida productiva después de haber sufrido años de soledad y destrucción.

—Sabe usted que estos grupos de 12 pasos tienen muchos lemas, ¿verdad?

—Más que lemas, señor, son declaraciones que expresan una filosofía de vida.

—¿Conoce usted algunos de ellos?

—Cómo no, señor. Conozco algunos.

—Pero, ¿sabe usted cuál es el más famoso de todos?

Una duda leve atravesó mi garganta. La pregunta me pareció una trampa oculta entre la maleza de la amabilidad.

—Creo que sí, señor.

—¿Puede decirnos cuál?

Hice una pausa deliberada.

—Sólo por hoy —respondí, con convicción.

—¡Sólo por hoy! —exclamó el doctor Chacaltana, absorbido por el júbilo—. ¡Exacto!

Su rostro, desfigurado tras esos baratos lentes oscuros, remendados con cinta adhesiva, relumbraba de orgullo. El aire luminoso en sus ojos me indicó de forma inequívoca que él mismo era un miembro activo, a lo mejor un dirigente, de uno de aquellos grupos. Incliné su pecho sobre la mesa:

—Es todo, señor presidente —dijo, con una sonrisa que envolvía la circunferencia de su faz.

El timbre de su voz hizo entender al líder de la mesa que, con esa última intervención mía, el examen estaba finiquitado.

Fue un día de triunfo. Me aprobaron por unanimidad. Aquella tarde memorable, con ese fogoso desempeño, puse fin al monstruo engendrado 22 años antes, que desencadenaría luego en mi vida una espiral incontenible de decadencia, depravación y desaliento generada por una carrera mal elegida en el momento oportuno.